

HUMBERTO ROSSELLI QUIJANO
(1923 – 2009)



Taller N° 4

Presentación de la Obra del Dr. Humberto Roselli Quijano

Luz María Pinilla,
Jorge Enrique Liévano,
Iván Jiménez¹

Humberto Roselli Quijano, una Vida para la Historia²

Jorge E. Liévano³

Resulta tarea abrumadora esta de escribir unas líneas sobre Humberto Roselli Quijano. Durante el corto periodo de mi tiempo de la Residencia en Psiquiatría, tuve la oportunidad de ser su alumno, y más adelante compartí con él algunas experiencias y trabajos, que él gentilmente me corrigió y, en algún caso, me estimuló a publicar.

Me parece, que la imagen que guardo está plasmada en las palabras del doctor Álvaro Villar Gaviria, su compañero y amigo, quien al respecto escribió: "Yo he estudiado bastante la autoridad, he escrito un libro sobre ella, pero no lo he editado, porque mi autocritica me lo ha impedido. Pero lo menciono porque Humberto la personifica. En muchos aspectos de su vida, no necesita imponerla. La transmite su manera de ser" (Villar G 1997. Pag. 305). Su sola presencia y erudición imponían su autoridad, los jueves, en el recinto en donde se llevaba a cabo el estudio de Caso Clínico en la Clínica Montserrat. El ambiente académico, de profunda comprensión

de cada caso particular, lo sellaba el Profesor con referencias bibliográficas importantes, las cuales no necesitaba sino mencionar para que hicieran parte de nuestras obligadas lecturas. Esa fue mi experiencia y, con seguridad, la de muchos Psiquiatras colombianos.

Los últimos años de su vida, en los cuales la pesada carga de la enfermedad le impidió retornar a su consultorio, lo visité periódicamente, en lo que inicialmente fue un acto simbólico de acompañamiento, desde el Instituto Colombiano del Sistema Nervioso, al socio y profesor. Más adelante, este periódico encuentro resultó en encantadoras reuniones, alrededor de un delicioso café y galletas caseras, a las que nos acompañaba Helena, su esposa y cuidadora. Fue ella quien me motivó a mantener el vínculo con el Profesor, pues dado su estado, recibía muy pocas visitas y consideraba que le hacía bien ver a sus alumnos. De esto último no me quedan dudas: me atendía con alegría, y me preguntaba cada cosa acerca de la Clínica y de los colegas.

¹ Psicoanalistas, Miembros Titulares de la Asociación Psicoanalítica Colombiana.

² Ensayo presentado el 25 de junio /2012, en el auditorio Henry García Escobar del ICSN, Clínica Montserrat, dentro de la programación en Homenaje a los Fundadores de la APC, en conmemoración de los cincuenta años de vida institucional.

³ Miembro Titular Función Didáctica APC. jorlier@bellsouth.net

En este periplo tuve la fortuna de compartir con algunos de sus más dilectos colegas y amigos, fue así que lo visitamos en una ocasión con el doctor Andrés Didier. La emoción del encuentro de los viejos amigos, estuvo matizada por las fotos que tomó su sobrina, las cuales posteriormente publicamos. Más adelante, lo visité en compañía de los doctores Roberto García y Mario González; esta vez nos recibió en su cama, pero dialogó con nosotros como si fuera cosa de cada día; preguntó por sus familias y el brillo de sus ojos denotaba la alegría de verlos.

En realidad, nunca lo oí quejarse, ni siquiera en las fechas en las que definitivamente la enfermedad agudizó sus limitaciones y pasaba las noches en vela tratando de consolarlo, situación que contrastaba con su actitud amable y tranquila al llegar yo a su casa; era su alumno quien llegaba y él se convertía en el gran Profesor.

Nunca se quejó, insisto. Al contrario, estuvo siempre amable y presto a enviar mensajes de afecto a todos en la Clínica, ni más ni menos de lo que genio y figura hasta la sepultura. De esas visitas me quedó el conocimiento de la otra cara del genio, su familia y, en especial, su esposa, Helena San Martín.

Helena, con su inconmensurable simpatía, su temperamento y su indiscutible autenticidad, llena de afecto por la vida y en especial por la que vivió durante más de cincuenta años junto al Profesor, me fue ilustrando sobre muchos aspectos de la vida de la Psiquiatría en Colombia, vividos desde la cercanía al maestro.

La historia, relatada en innumerables ocasiones por ilustrados colegas que la vivieron junto al maestro, tiene un cariz diferente cuando la cuenta Helena. Ella es la confirmación de que un gran hombre solo se hace cuando cuenta a su lado con una gran mujer, así lo atestiguan sus amigos y su hermosa familia. Relata, que el doctor Rosselli, al salir de su natal Sogamoso,

vino a Bogotá para estudiar con los Jesuitas. Más adelante, y bajo la tutela de su paisano el doctor Edmundo Rico, se hace médico y se interesa por la comprensión de las enfermedades mentales; funda el departamento de Psiquiatría de la Policía Nacional e inaugura el servicio en la Clínica San Pedro Claver del naciente Instituto Colombiano del Seguro Social; allí tiene sus dos primeros alumnos, de los cuales uno se inclinó por la pediatría y el otro por la Psiquiatría, el doctor Aldo Stella, quien, más adelante, tomaría la decisión de retirarse para ingresar al seminario y definitivamente dedicarse a la vida religiosa, motivo de chanzas de Helena para Humberto por su 'ojo clínico' para escoger residentes.

Más adelante, dirige el 'Asilo de locas' y el 'Manicomio de Sibaté', se vincula a la Fundación del Instituto Colombiano del Sistema Nervioso y a la de la Asociación Psicoanalítica Colombiana, además de atender el llamado que le hicieran para dirigir el área psicosocial de la Universidad El Bosque, en donde consolidaría su carrera como docente, tanto en pregrado como en el postgrado, hasta su retiro. Presidente de muchas asociaciones científicas, entre las que se cuentan la Asociación Colombiana de Psiquiatría y la Asociación Psicoanalítica Colombiana, la figura de Rosselli emerge como indiscutible líder de la Psiquiatría en Colombia y como puntal de las ideas psicoanalíticas en nuestro país a través de su vinculación a la Asociación.

La historia de vida de Humberto Rosselli es, sin lugar a dudas, un capítulo muy importante de la Historia de la Psiquiatría en Colombia, precisamente el título de su obra maestra, pues es ese texto el que lo coloca a la cabeza de la historia que él mismo protagoniza.

De la época en que se fundó la Asociación Psicoanalítica, Helena recuerda la afinidad de Humberto por las ideas de Arturo Lizarazo y su cercanía y amistad con Alfonso Martínez Rueda

de quien era con cuñado, las innumerables reuniones con Hernando Martínez "Martíñon", su cuñado, quien le compuso algunos versos.

De su obra psicoanalítica reconozco que sé muy poco, tal vez la parte que más conozco soy yo mismo. Considero, que fue su imponente presencia intelectual la que llevó a muchos de sus alumnos, entre los que me cuento, a pensar en tomar Psicoanálisis personal. Siempre nos invitó a establecer un método de comprensión de nuestros pacientes, el cual era predominantemente psicodinámico; sus alusiones a diversos autores psicoanalíticos, al tiempo de su apertura a diversas corrientes de pensamiento psiquiátrico, hacían evidente que él nos quería, al menos, psicoanalizados, y así fue.

De la inmensa obra escrita por el profesor Roselli, la obra psicoanalítica, evidentemente es menos conocida que la psiquiátrica, y resulta realmente valiosa.

Me referiré a tres publicaciones realizadas en la revista de la Asociación Psicoanalítica Colombiana, por considerar que en ellas está contenido no solo el pensamiento crítico y siempre reflexivo de Roselli, sino que reflejan la personalidad del mismo.

Dos de esas publicaciones nos llevan a lo que para él fue una pasión y, para nosotros, su gran legado, la Historia. La primera, data de 1989 y se titula Historia de la Enseñanza y la Investigación en Psicoanálisis (*Psicoanálisis*, vol. V número 1, 1989, pág. 53 - 63). Bellísimo recuento, en el cual hace una crítica constructiva al trabajo de Supervisión, explicando que,

No todos los Didactas, por el solo hecho de serlo, son buenos Supervisores. Se escogen los Supervisores, por sus habilidades clínicas, pero se ha visto que ser un buen Supervisor requiere, quizás, otras habilidades, y posiblemente un entrenamiento especial, que no dan los institutos (Op. Cit.).

Y en referencia a la investigación señala:

Claro que las dificultades para investigar, en Psicoanálisis, son grandes, empezando por el material con que se trabaja: la vida inconsciente del Ser humano. También, por la falta de tiempo de los Didactas y de los Candidatos, la falta de remuneración de esta tarea, la dificultad para validar los resultados de la misma, tan diferente de las investigaciones biológicas y de otras ramas médicas (Ibíd.).

Hoy en día, continua vigente la preocupación del profesor Roselli, sin embargo, albergamos esperanzas de que, en este sentido, avanzamos lenta pero seguramente; no en vano el Instituto Colombiano del Sistema Nervioso ha entregado este año el Premio Henry García al trabajo de investigación de la doctora Samara Cetina, candidata de la APC, Titulado Confirmar si las Teorías Psicodinámicas de Freud y Abraham, explican los Trastornos Depresivos Mayores (Melancolía), el cual es, claramente, un desarrollo de las ideas psicoanalíticas.

El segundo trabajo al que me referiré sucintamente, es Cronología del Psicoanálisis en Colombia (*Psicoanálisis*, vol. VI número 1, 1991, pág. 53 - 63), fiel reflejo de su vocación de historiador. El texto constituye un completo recuento de la cercanía de las ideas psicoanalíticas y su desarrollo en nuestro país, desde las primeras referencias acerca del doctor Sigmund Freud realizadas por los doctores Nicolás Osorio y Pablo García en el Diccionario de los Medicamentos Nuevos de 1890, pasando por la descripción de la escisión entre la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis y la Asociación Psicoanalítica Colombiana, de la cual considera: "No lo hicieron por divergencias ideológicas en el campo de la doctrina freudiana", finalizando su escrito con un bello párrafo en el cual señala:

El recuento de las ideas psicoanalíticas en Colombia me deja cierta nostalgia y espero que su relato contribuya a la formación de los jóvenes Psicoanalistas, que se mueven en otra órbita, para recordarles que, en cierta forma, al cabo, la historia tiende a repetirse, y que 'no hay nada nuevo bajo el sol' (Ibíd.).

El texto al que me referiré, en tercer lugar, constituye una valiosa y reflexiva disertación sobre un tópico que, como claramente señala, se ha dejado de lado en los estudios psicoanalíticos, tal vez en concordancia con lo planteado por Rascovsky, a quien cita, referente a la escotomización realizada por los Psicoanalistas que escriben desde los ojos del padre. El título es suficientemente elocuente: El Complejo de Layo (*Psicoanálisis*, vol. II número 1, 1978, pág. 5-14). En este artículo, Rosselli plantea, que se le ha dado, históricamente, más importancia al Complejo de Edipo, dejando de lado el de Layo y el de Yocasta; recuerda, que un número importante de Psicoanalistas han señalado este hecho, y el filicidio es, regularmente, más frecuente que el parricidio, pero que, ya que los Analistas son padres, les resulta más fácil escribir sobre el deseo del hijo.

En el texto, recuerda trabajos publicados por muchos autores, entre ellos Sigmund Freud, Arnaldo Rascovsky, y de reconocidos ensayistas colombianos, entre ellos algunos muy cercanos a nosotros como Roberto Dezubiría Consuegra y Álvaro Villar Gaviria. En el trabajo Rosselli advierte, que se basó en el estudio de dos casos, de los cuales no se obtuvo permiso de los pacientes para su publicación, por lo cual se remite solo a la revisión del tema y a exponer sus propias ideas, entre las cuales, la que a continuación transcribo me parece central:

Nuestro papel, como Analistas, es el de luchar por ese "oprimido": el paciente. A través de la participación en su lucha, del esclarecimiento de su opresión interna de la liberación de su super-yo persecutorio –padres opresores internalizados– y del Eros que podamos poner en esta tarea, él podrá salir adelante y liberarse. Sin necesidad de cadenas internas, de suplicios, de torturas, de aniquilamiento, no tendrá entonces que torturar a sus hijos, podrá mirarlos como objetos totales y reales, darles la libertad y el respeto que reclamamos como seres humanos (Ibíd.).

La virtud de este razonamiento es que, más que al complejo de Layo en nuestra aproximación a los pacientes, se refiere a la filosofía con la que nos enseñó a vivir

Referencias Bibliográficas

- Villar G. Álvaro. Premio Vida y Obra al Servicio de la Psiquiatría, Rev. Col. Psiquiatría, Vol. XXV, No. 4, 1997, pág. 305.
- Rosselli Q. Humberto, "Historia de la Psiquiatría en Colombia". Ed. Horizontes. Bogotá 1968.
- Rosselli Q. Humberto, "Historia de la enseñanza y la investigación en Psicoanálisis", Revista Asociación Psicoanalítica Col., vol V, número 1, 1989, pág. 53 a 63.
- _____, Cronología del Psicoanálisis en Colombia, Revista Asociación Psicoanalítica Col, vol VI, número 1, 1991, pág. 53 a 63.
- _____, "El Complejo de Layo", Revista Asociación Psicoanalítica Col, vol II, número 1, 1978, pág. 5 a 14.

Humberto Roselli Quijano

Mi supervisor individual de Psicoanálisis

Luz María Pinilla Perdomo¹

La Supervisión individual es uno de los elementos del Trípode en el que se apoya el proceso de formación en Psicoanálisis, a partir de la recomendación de Eitingon, en 1920, de incluirla como parte del entrenamiento. Es la herencia que nos dejó el profesor Freud, en su correspondencia con el doctor Fliess; en una de sus cartas, le decía: "Desgraciadamente, nunca me siento seguro en cuanto a qué medidas prácticas tomar, no sé hacia dónde debo encaminarme, ni en el sentido teórico ni en el terapéutico". Desde entonces, la Supervisión psicoanalítica, es un proceso académico, que todos los Analistas debemos cumplir y en el que participan dos personas, el Supervisor y el Supervisado (sin olvidar al paciente), quienes, de común acuerdo, deciden encontrarse, para mejorar el nivel de desempeño de quien se está formando. (Solnit, 1970). Es decir, es un proceso que le permite al Candidato, ser cada vez más Psicoanalista.

Como cualquier arte, la técnica analítica debe perfeccionarse, y la Supervisión es uno de los espacios naturales para ello, aprovechando las aptitudes congénitas del Candidato a Psicoanalista y la experiencia y la destreza del Supervisor.

El maestro Humberto Roselli fue mi Supervisor durante de tres años. En ese tiempo, me reuní con él, a la misma hora y en el mismo

lugar, durante 90 minutos, para contarle los procesos que llevaba con mis pacientes. Desde ese primer encuentro, me preguntó si tendría algún inconveniente en que las sesiones duraran 90 minutos, porque, según él, en 45 era poco lo que podíamos trabajar.

La Supervisión individual suele llevarse a cabo en el consultorio del Psicoanalista Supervisor; en consecuencia, está enmarcada por la intimidad. Es, tal vez, una de las razones por las cuales existen pocos escritos que permitan construir una guía o las normas que deberían regularla. Aunque, personalmente, creo que, en la medida que estamos tratando un tema, que básicamente corresponde a los asuntos del arte, esta regulación debe guardar coherencia con la idea de que es en este espacio donde se le permite al Candidato expresarse y brillar en su potencialidad artística. Como el escultor con el aprendiz en su taller.

Nos encontrábamos en su consultorio; el maestro se sentaba del otro lado de su escritorio, dándole la espalda a la ventana, pero casi de lado; tomaba su cuaderno y su estilógrafo para anotar mi relato de la paciente. Lo sentía en franca atención flotante; probablemente, escribía lo fundamental y resonante para él, y estoy casi segura de que registraba, también, su Contra-transferencia, la cual muchas veces, me expresó. Lacónico casi siempre, giraba su

¹ Miembro Titular, Función Didáctica APC. Trabajo presentado el 25 de Junio de 2012, dentro del marco de los Talleres 50 años de la APC, Homenaje a los Fundadores, en el auditorio Henri García de la Clínica Montserrat, del ICSN, Bogotá, Colombia. luzmacol@gmail.com

miraba para hacer algún señalamiento o para relatarme algún caso tratado por él, que le recordaba el momento de la paciente, o para opinar cómo habría intervenido: "Por si esto te sirve de algo", decía. En cada encuentro, siempre me enseñó algo. Elisa, su secretaria, me llevaba un tinto grande, algo que él mismo le aclaró desde el primer momento: "La Dra. toma tinto grande, se fuma unos cuantos cigarrillos, abre la ventana. No me pases llamadas". Con el correr del tiempo, Elisa comenzó a llevarme un segundo tinto a los 45 minutos. Él jamás faltó a un encuentro, siempre estuvo allí, a las cinco en punto, los lunes, en su consultorio de la calle 85.

El siguiente lunes, dijo: siéntate lo más cómoda posible. Tenía dos sillas incómodas, por ser altas para mi estatura, de tal forma que, con su permiso, me sentaba doblando las piernas y en ellas apoyaba el cuaderno de la paciente. Sobre la silla de al lado, ponía mi cartera, los libros, las llaves, la chaqueta y los cigarrillos que él siempre me encendía, con su mechero plateado. Al espacio físico del consultorio, un tanto oscuro para mi gusto, no le cabía un libro más: había en la biblioteca, sobre su escritorio y otros cuantos apilados en el piso, cerca de su silla; un sillón detrás, al fondo, una lámpara de pie y su diván; en ocasiones, miraba hacia este, cuando hacía referencia a alguno de sus pacientes, como si aún lo viera tendido allí.

Lo había conocido personalmente dos años atrás, era imposible no haber escuchado acerca del Profesor Humberto Rosselli Quijano, así la procedencia fuera de una escuela de pregrado biológica por excelencia, como la mía: Era Médico, Psiquiatra, Psicoanalista Didacta, escritor, historiador y académico. Profesor Titular, Honorario y Emérito de la Universidad Nacional. Presidente de la Asociación Psicoanalítica Colombiana, del Instituto Colombiano del Sistema Nervioso (ICSN), de la Sociedad Colombiana de Historia de la Medicina, de

la Asociación Psiquiátrica de América Latina. Autor de *La Medicina en la Independencia de Colombia* (1948), *la Historia de la Psiquiatría en Colombia* (1968), *La locura de Epifanio y otros ensayos* (1987), coautor de algunos más y autor de trabajos psicoanalíticos publicados, entre ellos, *Historia de la Enseñanza y la Investigación en Psicoanálisis*, *Cronología del Psicoanálisis en Colombia*, *El Complejo de Edipo*, *Semblanza del Dr. Arturo Lizarazo*, *El Futuro del Psicoanálisis y de sus Institutos*, y *El Complejo de Layo*, entre muchos más.

Para ese entonces, fue mi tutor, una bondadosa figura docente, mezcla entre padre y maestro, únicamente disponible para los residentes en primer año de formación. Se trataba de un acompañamiento para un 'iniciado en Psiquiatría', según él mismo me lo explicó. Durante seis meses nos encontrábamos en la Clínica Montserrat; desde la recepción lo veía bajar de su viejo Volkswagen, tal como lo describen sus colegas y amigos: andar pausado y silencioso, sobrio, de finas maneras, austero, serio, moderado, ponderado, sin embargo, firme y enérgico cuando las circunstancias lo ameritaban. De carácter exigente, de conciencia clara, honesto en sus palabras, rectitud en sus acciones, tradicional y, sobre todo, conservador.

Casi siempre, lucía un traje gris con rayas blancas delgadas, como sus canas, chaleco de paño o lana y corbata. Caminaba algo gibado. Cuando nos saludábamos, levantaba su mirada y me decía, en tono de voz bajo, dulce y absolutamente amable: "¡Hola! ¿Cómo Estás?" Y, con su brazo extendido, me indicaba que ingresáramos a la zona hospitalaria (me parecía escuchar: Primero las damas), él me seguía después. Allí lo esperaba, en el consultorio, la Jefe Ligia Castro, con las historias clínicas de los enfermos tratados por él. El encuadre no demoró: nos encontraríamos allí, todos los sábados a las 9 a.m. Lo acompañaría a ver sus pacientes, privados todos, pues no había

Ley 100 para ese entonces, y los comentaríamos al finalizar. Si yo quería que viéramos y comentáramos algunos de mis pacientes, lo haríamos también. Muchas veces salimos de la clínica después de la 1 p.m. Él, absolutamente reposado, yo, rendida. Me decía, a la despedida, vete a descansar, juega con tu hijo y luego repasa las dudas, hablamos en ocho días. Entenderán por qué, cuando me propuso supervisiones psicoanalíticas de 90 minutos, me pareció el tiempo justo para la labor. Con él entendí, pero sobre todo comprendí, que el Psicoanálisis encarna perfectamente el modelo biopsicosocial que define el paradigma de la Medicina contemporánea, así como la formación en Psiquiatría, que apenas comenzaba.

Fenomenológico por excelencia, me llevaba a comprender cada uno de los síndromes, cada uno de los síntomas, así como la necesidad de considerarlos únicos y con sentido para cada paciente, quien además, era un ser humano familiar y social. Me explicó la importancia de la exhaustividad en la historia clínica, la necesidad de escribir con letra clara, para que todos me entendieran, "a no ser que no quieras ser entendida", me dijo.

Me enseñó, que la hospitalización pretendía solamente sacar de la crisis al paciente; la importancia de la laborterapia, para que se reintegrara pronto a su vida y continuar acompañándolo con Psicoterapia profunda en el consultorio, si el paciente estaba en condiciones de hacerla. Después entendí que psicoterapia profunda y Psicoanálisis iban de la mano. Oírlo, escucharlo, ver cómo intervenía en sus pacientes y las familias, fue toda una experiencia docente; me decía cómo hacerlo, lo veía hacerlo y al final de ese semestre, me dejó hacerlo, incluso sobre sus pacientes privados. Cada sábado, gracias a sus preguntas sueltas, mientras él escribía con letra cursiva y perfectamente legible, en la historia clínica de sus pacientes, también fue conociendo mi

historia. Por supuesto, no dejó de hacerme una pregunta fundamental: "¿Tienes ya tu Analista personal?"

Al finalizar la tutoría, con emoción, le llevé sus libros de Historia de la Psiquiatría en Colombia, para que me los autografiara; tomó los dos volúmenes en sus manos, los ojeó, y en el Tomo número uno, escribió: "Para la Dra. Luz María Pinilla, con todo aprecio, y en memoria de una tutoría cumplida a medias".

-Pregunté: "¿A medias, profesor?"

-Sí. Faltaste dos sábados", contestó.

En nuestro Instituto de Psicoanálisis siempre se ha permitido al Analista en formación la libre elección del Supervisor, pues es un asunto en el que es determinante el mundo interno del Candidato, pero tampoco debe someterse a un profundo examen. En todo caso, comparto la idea de que la elección debe estar sujeta al libre albedrío y asociada al verdadero deseo de aprender.

Isaías López, en 1988, señalaba, que

La Supervisión tiende a cursar por todos los escollos del análisis, sin ser un análisis personal ni su equivalente; así como ningún Analista es capaz de tratar todos los casos, no hay Supervisor que embone bien con todos los alumnos.

Por tal razón, considero que el Candidato y el Supervisor pueden conversar las razones de la elección, para bien del proceso de entrenamiento. Si este, en su valoración del caso, encuentra obstáculos potenciales que auguren problemas, debe tener la suficiente honestidad y firmeza para no aceptar a ese aspirante.

De manera que, la pregunta del Dr. Roselli, no se hizo esperar: "¿Has tenido Supervisiones? Si, con todos", respondí. Recordemos que, para ese entonces, nuestra Asociación, eran un grupo muy pequeño; paso seguido, dijo:

-¿Estas segura de que quieres que yo sea tu Supervisor? Ya me conoces, también conoces todos los Analistas Didactas de la Asociación, de manera que, cualquiera de los colegas puede serlo.

-Sí, doctor; en este momento de mi formación, quiero que usted sea mi Supervisor individual. O, ¿tiene usted algún problema en serlo? -Pregunté.

-Ninguno -respondió-, pero quiero que estés clara, por la razón que voy a exponer: Dentro de poco, no seré más Psicoanalista.

-No entiendo, -le dije.

-Y continuó: ¿Cuánto te falta para terminar la formación?

-Dos años, doctor.

-Es posible que, para esa época, yo ya me haya retirado de la APC, es decir, ya no seré Psicoanalista, y quién sabe si estas Supervisiones te sirvan para el requisito. De manera que, te recomiendo consultes primero esta decisión con el director del Instituto y me confirmas con Elisa.

-Quedé en silencio. Bueno señor, -le dije. Nunca lo hice, y él jamás volvió a preguntarme.

Al lunes siguiente, nos encontramos en su consultorio, me preguntó: "¿qué tal semana? ¿Cómo está tu hijo? Puedes traerlo si alguna vez tu mamá no lo puede cuidar, y lo dejamos con Elisa"; así lo hice varias veces. Él saludaba a mi hijo, inclinándose lo más que podía, le daba la mano y se lo entregaba él mismo a Elisa. Luego, me pidió, que le describiera mi consultorio; escuchaba en silencio, mirando hacia su biblioteca, como si se lo estuviera imaginando, y dijo: "...parece acogedor". Llevaba el material de las sesiones en el cuaderno, el proceso de la paciente que yo había decidido; me solicitaba que leyera las sesiones completas. Verificaba si la paciente asistía a las cuatro sesiones reglamentarias, pues, a veces, me hacía leer la

primera y la cuarta sesión, otras la segunda y la tercera. Alguna vez, le dije: "Doctor, la paciente asiste cuatro veces por semana". Luego de un silencio anotó: "Yo sé que sí".

Preguntó por los honorarios, días y horas de la semana en que la paciente asistía; edad, procedencia, profesión, estado civil. Escribió todos los datos; después, anotaba solamente algunas cosas, pero siempre, me di cuenta, anotaba los sueños. Aclaró que, en nuestros encuentros, juntos revisaríamos el proceso, la técnica, las posibles intervenciones, los obstáculos resistenciales, la Transferencia, mis bloqueos derivados de la Contratransferencia, el modo de funcionamiento del enfermo. "Temas que debes estar estudiando ya en tus seminarios".

Más de una vez, me rescató de situaciones en las que yo estaba mentalmente paralizada, me comentaba su Contratransferencia; otras veces, me dio indicaciones precisas: "-La paciente no tolera estar tendida, siéntala, o bájale al número de sesiones. -Es analizable pero no es el momento..." En una ocasión, me dijo: "Con esa paciente yo haría tal cosa.... aunque sé que harás lo que a ti te parezca, y lo entiendo, tú eres la Analista, tienes la verdad, el *time* con ella".

En general, los autores están de acuerdo, en que la labor del Supervisor no incluye la interpretación de los aspectos neuróticos del Supervisado, si acaso, la recomendación de examinar sus dificultades en su propio análisis. En el espacio mental de la Supervisión con Roselli, siempre sentí su respeto hacia la paciente y hacia mí, lo cual me permitía y le permitía, incluso, hacerme interpretaciones, además de las clarificaciones y señalamientos a mis intervenciones. Jamás sentí intrusión alguna, ¿por qué?, sí, de todas maneras, estaba en lo cierto; se trataba solamente de seguir trabajando en mi análisis personal.

Insistía en las reglas de juego que rigen la técnica analítica, sobre todo en los comienzos de nuestros encuentros, mostrándome lo que ocurre con el tiempo, al irse hilando una Supervisión con la otra. Me enseñó, que las ocasionales interpretaciones que hiciera, irían organizando una trama; que aisladas, no necesariamente son capaces de crear modificaciones en el paciente, pero que son el complemento para algo que se va forjando poco a poco. Es decir, me enseñó, que este arte de la escucha activa y tranquila requiere de paciencia y capacidad para tolerar la incertidumbre. Que antes de interpretar tenía que validar mis hipótesis, o mejor, nuestras hipótesis privadas, soportadas en las asociaciones de la paciente. "Esperemos la próxima sesión", decía. Me mostró, claramente, que el proceso solo se comprende hacia el final, cuando se hace manifiesta la panorámica completa.

Leía el material, lo que había anotado durante las sesiones mismas, a veces no había escrito mayor cosa o nada... y con un gesto, en el que se acercaba con su cuerpo al escritorio -y que yo entendía como: "muéstreme el cuaderno"-, encontraba mis dibujos de flores, montañas, cubos, árboles. Con eso era suficiente, para que hiciera inferencias acerca de mi Contratransferencia y, a su vez, me contaba la suya, evocada por el relato y los dibujos. Algunas veces, eran mis puntos ciegos los que me estaban atrapando... pero otras veces, justamente al darme cuenta, esos puntos ciegos estaban permitiendo la fluidez de las sesiones, y la comprensión de la paciente. Su saber, su experiencia, su distante, pero cálido, acompañamiento, simplemente se sentía en ese espacio mental de Supervisión, que él mismo creaba. Se encargaba sutilmente de que no lo idealizara. Un día, a propósito de un comentario que interpreté era de ese orden, le dije:

Dr. he ido comprendido que este método no hace seres perfectos, pero sí más humanos, los buenos docentes no necesariamente son buenos Supervisores, es cierto, pero para mí, usted, al menos por estos días, sigue siendo muy bueno en ambas cosas.

Con su gesto característico, elevando las cajas y una leve, muy leve sonrisa, me dijo: "¿Acaso me estas calificando o señalando?" Y continuó: "Como te decía, la paciente parece estar..."

En diferentes momentos expresó:

- El análisis no es tender el paciente en el diván -pero, eso tú ya lo sabes-; lo importante es, que siempre sepas para qué dices lo que dices... o, por qué guardas silencio... tu actitud, tu atención flotante, tu escucha y tus intervenciones, hacen el análisis.
- No pierdas de vista, que el tratamiento analítico se da en un intercambio de inconscientes, tú misma eres el instrumento, no dejes perturbar el proceso con la paciente por las cosas que aquí trabajamos, sigue investigando libremente.
- Insistía en no modificar el encuadre, porque "te quita la posibilidad de interpretar".
- El Edipo. Finalmente. consiste en superar al padre, no en matarlo...
- Siempre exhortó por el tipo de Transferencia que yo creía estaba operando en ese momento del proceso y, por ende, siempre presente mi Contratransferencia y Contrarresistencia; bloqueos en el registro de algún material, lapsus en las interpretaciones, olvido de sesiones, interrupciones antes de tiempo, etc.

Está descrito, que la enseñanza de la técnica no es central en la labor de Supervisar, pero se hallaba implícita en muchos momentos de mi

Supervisión. Además, siempre me alentaba, me entusiasmaba, mantenía mi ilusión, con todo y su introversión. Hoy pienso, que el profesor sí era un hombre introvertido, pero no lacónico; era, sencillamente, exacto. Casi siempre, citaba a S. Freud, con fechas y contextualización del momento histórico.

Siempre se refería al sitio de nacimiento, a la procedencia cultural de la paciente (padre francés, madre alemana), como historiador que era, para que comprendiera, de la mejor manera, los orígenes culturales del mundo interno de mi analizada. Me preguntaba: "¿Qué crees que le pasa a esta mujer, cuál crees que es su fantasía, a qué crees que se está resistiendo? ... ¿Qué la estará mejorando?" También opinaba: "Es posible, que al ser de madre francesa... ella se esté resistiendo a... pues, la mujer francesa usualmente... Hoy, parece que necesita que la apacigües nada más, vamos a seguir escuchando, solo llevamos 103 sesiones".

Efectivamente, entre los dos, se fundaba un nuevo hecho clínico (Berta de Solá citada por Eduardo Gómez). Y con su actitud fundaba un espacio lo suficientemente bueno para mí, el cual me llevaba a escudriñar más, a escuchar más allá de lo escuchado, a estar cada vez más tranquila para imaginar, para comprender sin memoria ni deseo, y para tolerar mi ansiedad y la de la paciente. Siempre respetó el estilo de mi trabajo, que apenas comenzaba a vislumbrarse, y esto, a su vez, favorecía mi alianza de trabajo con él. "Es necesaria y legítima esa preocupación que tienes con la paciente, esto te va a permitir investigar más", -dijo en otra ocasión. Entonces, aproveché para explicarme los tipos de preocupación que los pacientes pueden evocar en el Analista. Su interés siempre estaba puesto, tanto en el proceso de la paciente como en el mío. Era un espacio psíquico y físico entre mis seminarios y mi análisis personal, solo que, a diferencia de los seminarios, la preocupación por ser apta

o no para ser Psicoanalista, desaparecía, él simplemente me dejaba surgir como Analista, con tacto, como la aprendiz del arte, pero, a la vez, como su colega.

Escuchaba el eco de la paciente y el mío. Comprendía mis necesidades en el entrenamiento, y con su empatía respondía a ellas. Con su silencio, me permitía comenzar a hilar delgadito, a leer entre líneas, me ayudaba a percibir el material y comenzar a interpretarlo, dándome cuenta del proceso que, a través del vínculo esencialmente humano, llevaba con la paciente.

Supervisar, más allá de enseñar el arte de analizar, es dejar que el Candidato sea Psicoanalista. Obviamente, en la elección del Supervisor hay elementos inconscientes y transferenciales, lo cual, no hace más ni menos válida la elección. El profesor Rosselli me acompañó en el camino de ser Analista, con su claridad mental y conceptual, su flexibilidad, su talante, su tolerancia, su singular capacidad para empatizar, su conocimiento de la teoría y técnica freudianas, su permanente actitud analítica, y su generosidad. Para ese lunes del último encuentro de Supervisión, era un hecho que se retiraría de la APC; entonces, se tomó los primeros 45 minutos de esa tarde para hablar y comentarme, con la sensatez que lo caracterizaba, su decisión tomada, soportada en un claro criterio personal; decisión que, según le entendí, aún no había hecho oficial. Finalizó diciéndome: "De manera que, creíste que venías a supervisar con un Psicoanalista, y no fue así."

Firmó el documento, exigido por el Instituto, que daba fe de la asistencia a las Supervisiones. Guardé su bondadosa evaluación en el cuaderno de la paciente, y le dije:

-¿En ocho días, a la misma hora, doctor?

-Y respondió: Ya cumpliste el requisito. Pero, si quieres venir, confirma con Elisa.

-Sí quiero, no solo por la convicción del riesgo de la soledad de nuestro trabajo, sino porque usted es un Psicoanalista, y en este camino largo que hoy comienzo, aún me falta aprenderle.

Al lunes siguiente, nos encontramos en su consultorio; me preguntó: "¿Qué tal semana? ¿Cómo está tu hijo?" Me senté, doblando las piernas en la silla, apoyé mi cuaderno, Elisa me llevó el tinto grande, abrió la ventana, y él, con su mechero plateado me prendió el cigarrillo, comencé a leer las cuatro últimas sesiones. Trabajamos un año más, de común acuerdo.

Discusión

Abre la discusión el Dr. González, evocando que tuvo que escribir sobre Humberto Roselli en dos ocasiones, una a petición suya, para la revista Colombiana de Psiquiatría y otra a solicitud de la Asociación Psiquiátrica Colombiana, como homenaje póstumo. Es muy difícil ser historiador de un historiador tan extraordinario como Humberto, pero se hizo el intento y esto le permitió adquirir cierta autoridad para decir que en el trabajo del Dr. Jiménez hay algunos errores históricos, como que él fue director del Hospital de Sibaté, es bueno que se revise. Es relevante que se haya hecho hincapié sobre las críticas que hizo, muy interesantes; entre otras, referentes a la Investigación, con mayúscula, Investigación formal, que es muy complicada, pero que desde la IPA finalmente se ha logrado financiar; son investigaciones costosas y complejas, a diferencia de la investigación con minúscula, clínica, que sí podemos hacer permanentemente.

Por ejemplo, es posible que el Dr. Roselli estuviera en lo cierto en sus críticas, pero hubiera podido hacer una investigación sobre esta Supervisión tan interesante que presentó nuestra colega, de 90 minutos por sesión,

con todos estos componentes emocionales; si él también la hubiera descrito, habrían un modelo para investigar, es decir, que los Psicoanalistas sí pueden investigar muchas cosas, sin mucho dinero, sin muchas arandelas, con cosas muy sencillas, como esa Supervisión, que luce muy original, pues jamás se había visto una así, con tales características; y si la hubiera descrito él habría sido formidable tener este modelo especial de Supervisión.

En realidad, en esa Supervisión, además, está el componente personal de que él estaba retirándose del Psicoanálisis, justo en el momento en que se empezaba el proceso de vinculación a la IPA; tal vez él tenía una aversión a la IPA extraordinaria, inmodificable, invariable, constante y permanente y este fue el punto que determinó su alejamiento del Psicoanálisis y un poco de distancia de sus colegas (por lo menos de mí), pues seguían liderando la Asociación para lograr la integración a la IPA; además tuvimos unas diferencias en cuanto al Psicoanálisis, que nos llevaron a distanciarnos en ese campo, sin desmedro de la admiración siempre, como Psiquiatra, como Psicoanalista. Esta relación de amistad, que describe también Jorge Enrique, así era percibida por todos: un gran amigo, un gran colega, una persona perfectamente leal, constante, transparente, íntegro; eso conlleva, por ejemplo a ese trabajo sobre la amistad, que es otra investigación que Jorge Enrique debe continuar, que parece importantísima. Así que esas críticas de Humberto se deben tener presentes, pero, a la vez, es preciso exigirnos la investigación y la publicación, porque, o si no, todas esas experiencias se quedan sin una divulgación necesaria para poder discutirse y poder integrarlas a nuestro conocimiento.

A título personal, la Dra. Carrascal aclara que, desafortunadamente no puede decir que tuvo, con el Dr. Roselli, una relación de amistad, pero sí una muy cercana, como discípulo, al

ser egresada de la segunda promoción de El Bosque, él era el jefe del área psicosocial, un área a la cual estuvo ligada desde muy temprano; también a través del Dr. Márquez, inclusive por una relación de cercanía de vivienda, en el Polo, y lo recuerda desde que era muy niña; después, la relación con él, como maestro, fue invaluable y algo que se debe resaltar fue esa parte de su trato para con ella, la figura de un Analista, en términos de la neutralidad. También, como maestro de Psiquiatría, en pregrado y luego en posgrado. Enseguida, en la Asociación fomentaba mucho el interés por la Historia, pero siempre con una mirada crítica. Una de sus enseñanzas era: todo lo que hagas míralo con espíritu investigativo e histórico.

El Dr. González opina, que es muy extraño que Roselli no hubiera relacionado Historia y Psicoanálisis; los estoicistas empezaron en el año 69 con Chegut, hay un trabajo que se llama La explicación del Psicoanálisis y, posteriormente, con Glaut como en el año 81, que tiene otro trabajo, sobre el Psicoanálisis visto como una disciplina histórica, y ellos comentan cómo se puede equiparar con la Historia, porque ambos buscan las motivaciones y las circunstancias en que los individuos, las personas o los grupos sociales expresan sus conflictos, sus ambiciones, sus necesidades, etc., cómo Humberto no buscó esos autores, siendo él un historiador y cómo tampoco nunca se refiere a Kohut, que fue el primero que habló de las ideas y la Historia, y de donde los Psicoanalistas sacaron esa orientación, que es una clave para la Hermenéutica, el Psicoanálisis como Historia.

Personalmente, creo que es totalmente distinto, el Psicoanálisis no tiene nada que ver con la Historia; es una terapia, que tiene que pensar en los resultados y en su eficacia: el historiador no; ellos historiadores pensaban, que si uno tenía una narrativa suficientemente bien concluida, bien auténtica, bien integrada y que si el paciente coincidía con ella, ahí se

iba a curar: la Teoría de la coincidencia, que es completamente absurda. Esas ideas fueron sustentadas por Freud también, pero, no son una realidad, no tienen una premisa válida.

La Dra. Carrascal, piensa que tiene la prueba de que lo hizo hacia la Psiquiatría, pero no hacia lo psicoanalítico. Un comentario suyo, el algún seminario, es ilustrativo: que una cosa es la Historia del movimiento psicoanalítico, donde estamos presos de lo humano y de nuestras dificultades y puntos ciegos, y otra es la Historia del pensamiento psicoanalítico, ese es precisamente el espíritu de nuestra Asociación, que se busque integrar todas las tendencias y que, dentro de los programas académicos, pueda existir esa visión incluyente, 'eclectica', en el buen sentido del eclecticismo, poder hacer esa visión del pensamiento analítico, que es la que va a permitir discutir, argumentar, tener otra mirada;

El Dr. Liévano considera extremadamente importante permitir que las ideas fluyan, siendo divergentes a veces, pero otras confluyentes; sin embargo, es el proceso democrático y psicoanalítico, de formular ideas que, obviamente, van a ser idiosincráticas, y por lo tanto, merecen todo el respeto de todos los demás integrantes de ese grupo, sin permitir que estas diferencias se polaricen a tal punto, que terminen siendo autodestructivas, esto es de mucha importancia en la familia, en el grupo, en la sociedad y, ciertamente, en la Asociación, es esencial. Y esas ideas, esos conceptos, deben ser formulados abiertamente, no pueden ser mantenidos bajo la alfombra, porque es mucho más dañino mantenerlos allí, así que se debe permitir la revisión de ciertos elementos, que pueden ser nocivos, si no salen a plena luz, porque van corroyendo.

Tras Felicitar a los ponentes por su magnífica descripción de la vida de Humberto Rosselli Q., y de su obra, el Dr. Méndez anota que no tuvo supervisiones con él, pero cuando él fue

director del Hospital Neuropsiquiátrico, hace mucho tiempo, desde el año sesenta, le recibió muchas enseñanzas; fue un hombre muy estricto en el manejo de un hospital, todos le tuvieron mucho respeto, pues era muy neutral con todo, pero, al mismo tiempo, exigente exteriormente, como con los horarios. Esa estrictez fue lo que logró que esta institución marchara tan bien.

En relación a Liévano, calificó de formidable lo que ha dicho, porque, sin conocer tanto al Dr. Roselli, sin estar tan íntimamente ligado a él, ofrece una visión muy adecuada y muy cierta de él, tanto como persona como desde el punto de vista profesional. A veces la mescolanza de Psicoanálisis y Psiquiatría parecía un poco confusa, porque él básicamente era un Psiquiatra dinámico, combinaba todo lo psiquiátrico, y lo expresaba a través de ideas dinámicas, que parecían ser lo más adecuado en esa época, cuando todo era a través de droga, choques insulínicos, choques eléctricos, él nunca dejó de empatar la parte psiquiátrica con lo dinámico.

El Dr. Oróstegui conoció al Dr. Roselli solamente como alumno de Psiquiatría y tal vez asistió a alguno de sus seminarios, de Historia de la Psiquiatría. Muy a pesar de algunas dificultades que el Dr. Roselli tenía con su memoria y demás, si realmente se hacía el esfuerzo de estar ahí, lograba entenderlo muchísimo, a pesar de que muchas veces era repetitivo; además, él llevaba su libro de texto: La Historia de la Psiquiatría en Colombia. Recuerda también, que a pesar de su memoria, daba la sensación de respeto, de rectitud y de muchísima disciplina, él exigía que, al final del seminario, se presentara un trabajo libre sobre el tema; sus correcciones eran muy precisas.

La Dra. Núñez, por su parte, conoció al Dr., siendo de la primera promoción de la Escuela Colombiana de Medicina; tenía actitud analítica, pero en realidad no era Psicoanalista. El

programa de Psiquiatría de la Universidad El Bosque tenía elementos psicodinámicos, pero el Dr. Roselli le dio orientación psicosocial, hablaba más de Psiquiatría social, Psiquiatría comunitaria, familiar, de pareja, Historia de la Psiquiatría, inclusive, tenía docentes que no eran Psicoanalistas; en fin, era una formación ecléctica, y el Dr. Roselli evitaba hablar del tema, como que él se excluyó del Psicoanálisis. Es más, resultaba sorprendente él fuera Psicoanalista, porque no hablaba del asunto, sino de Psiquiatría, en cuya Asociación era muy activo.

Luego, cuando iba a hacer su postgrado, quiso consultarle sobre la decisión; le dijo que le gustaba la Pediatría y la Psiquiatría; él dijo: "Fácil, estudia Psiquiatría, porque serías la primera egresada, la primera promoción que hace Psiquiatría. Y después, Psiquiatría infantil". Empezó Psiquiatría y, ya en el proceso de formación, cambió de parecer, pero él siempre la apoyó mucho.

Era un erudito, era serio, de pocos amigos, austero; lograba manejar los problemas con una tranquilidad impresionante. De hecho, fue director del área psicosocial por más de veinte años; realment, ni siquiera por la enfermedad lograron reemplazarlo. Sus clases eran magistrales, pues tenía una formación impresionante, sobre todo acerca de la Historia de la Psiquiatría en Colombia, que siempre proyectaba escala mundial. Incluso, cuando estaba definitivamente incapacitado, siempre mantuvo la lucidez académica.

El Dr. Liévano subraya, que aun cuando quizás él no elaboraba tanto acerca del Psicoanálisis, en algunos aspectos, él era intrínsecamente, en su pensamiento, en su manera de pensar, no solamente introspectivo y reflexivo, sino que a través de sus silencios comunicaba una gran cantidad de cosas que, afortunadamente, compartía con los colegas y que les ayudaron analíticamente a entender muchos aspectos difíciles de entender. En esa capacidad intros-

pectiva, de reflexión, y de recuestionarse una y otra vez, no solamente consigo mismo, sino con su interlocutor, esa es la parte psicoanalítica: supremamente importante aprender de ella.

Para la Dra. Carrascal, esa parte introspectiva era primaria, pero opina que, tal vez, primó más en él la identidad psiquiátrica que la analítica. Recomendaba que, para formarte bien como Psiquiatra es preciso abordar, por lo menos, tres formaciones psicoterapéuticas: una para atención del paciente individual, para lo cual recomendaba el enfoque psicoanalítico; otra

para la atención de la familia, aquí aconsejaba el sistémico, y uno final para la formación de grupos; seguir sus recomendaciones, era seguir su capacidad introspectiva.

A la Dra. Sarmiento le llamó mucho la atención el énfasis que, en su obra, se hizo en la investigación, incluso parece que, en el trabajo que presentó el Dr. Liévano, decía que una ciencia o una disciplina que no investiga está condenada a desaparecer. Pienso que es algo en lo que se debe insistir, seguir trabajando en la Asociación. Eso, a manera de conclusión.